

pretendió gozar con ella en común de la caza, pesca, prados y aguas de sus fronteras (1); y Bailén le suscitó contiendas ruidosas, que no terminaron hasta que, poniendo en ellas la mano el Rey Católico, condenó á la indócil súbdita de Baeza á que la pagara todos los años un tributo de dos mil fanegas de trigo (2).

Vióse en este largo período una vez amenazada de muerte; pero triunfó por sí sola de sus enemigos. Presentóse ante sus muros en 1368 el arráez Abdalá con ochenta mil infantes y cinco mil caballos, y orgulloso por las victorias que acababa de alcanzar en otras ciudades cristianas, apenas los vió, cuando batiéndolos por todas partes, escaló y tomó la torre y puerta de Bedmar, que miran al camino de Granada. Creíase ya vencedor de la ciudad; pero no tardó en ver sobre sí á Rui Fernández de Fuen-Mayor, que entrando espada en mano en el torreón, le mató de una cuchillada en la cabeza, arrojó al foso gran muchedumbre de infieles, é hizo tanto estrago en los que ocupaban la llanura, que les obligó á levantar el cerco con mucha pérdida de honra, de gente y de caballos. Combatía Baeza por D. Enrique y el moro por D. Pedro (3); y encendida más en odio contra este rey que contra los infieles, ni tembló á la vista de tan poderoso ejército, ni se estremeció al sentirlos dentro de sus mismos torreones, ni pensó más que en morir primero que doblar la rodilla ante los que iban á imponerle las leyes de un monar-

(1) Rechazó esta pretensión Alfonso XI en su carta fecha á 2 de Julio de 1338 (*Archivo mun.*, doc. núm. 17.)

(2) Existen en el Archivo municipal muchos documentos relativos á estas cuestiones. Véase sobre ellas á Bilches y á Jimena.

(3) Á este hecho se refiere aquel tan citado romance:

Cercada tiene á Baeza	Ganada tiene una torre,
Ese Arraez Audalla Mir	No le pueden resistir;
Con ochenta mil peones,	Cuando de la de Calonge
Cavalleros cinco mil.	Escuderos vi venir:
Con él va ese traidor,	Ruy Fernandez va delante
El traidor de Pero Gil;	Aquese caudillo Ardil.
Por la puerta de Bedmar	Arremete con Audalla
La empieza de combatir.	Comiézale de ferir:
Ponen escalas al muro,	Cortado le ha la cabeza,
Comiézale á conquistar:	Los demas dan á fuir.

ca, á quien aborrecía hasta el punto de llamar traidor á Pedro Gil, que por servirle militaba bajo las banderas de los moros.

Conoció con este hecho Baeza cuánto era su propio poder, y no temió luégo salir á arrostrar diversas veces la cólera de los reyes de Granada, cuyos ímpetus contribuyó á detener en 1407, cuando Mohamed, acompañado del temido Reduán y de ochenta y seis mil combatientes, marchó sobre Jaén y la amenazó con tomarla por asalto. Socorrió entonces con una hueste crecida á los jaeneses, y no tuvo poca parte en la muerte de Reduán, que cayó del caballo herido de una lanzada, y en la fuga de Mahomed, que viendo frustradas sus esperanzas, quemó cuantos caseríos pudo, y taló huertas, viñas y olivares. Era rival y hasta enemiga de Jaén; pero supo acallar sus pasiones al verla en peligro, y mereció por su generosidad que el concejo de la capital socorrida le dirigiese una carta donde le agradeció en los términos más expresivos tan señalado servicio.

Gozó después de una calma profunda hasta fines del siglo xv, en que las manifestaciones turbulentas de su aristocracia indujeron á D.^a Isabel á mandarle á Pedro de Barrio Nuevo para que en su nombre y por su mandado derribara el alcázar, la torre de los Aliatares, las de las puertas de Jaén, el Postigo y la Azacaya, y el torreón de la puerta de Úbeda, fortalezas que acababan de ser reparadas y habían de infundir justos recelos á una reina que no creía bien sentada su corona sino sobre las ruinas de su nobleza (1). Resistió con tenacidad la orden ter-

(1) Es sumamente interesante la carta en que D.^a Isabel participa esta resolución suya á la ciudad: «D.^a Isabel por la gracia de Dios, etc., al concejo, justicia, regidores, cavalleros, escuderos, personeros, diputados, oficiales é omes buenos de la noble é antigua cibdad de Baeza, é á qualquier é qualesquier de vos á quien esta mi carta fuere mostrada. Salud é gracia. Sepades que yo envío á esa cibdad á Pedro de Barrio Nuevo para que en mi nombre é por mi mandado reciba el alcázar della é la derribe, é asimismo el torrico de la puerta de Úbeda segund que mas largamente se fase mencion en una mi carta patente que sobre ello le mandé dar é que por ella vereis; é por quanto yo so informada que en esa dicha cibdad han enfortalecido ciertas torres, especialmente la de los Altares é las torres de las puertas del Postigo, é del Azacaya é la de Jahen; por ende yo vos mando á todos é á cada uno de vos que las dedes é entreguedes al dicho Pedro de Barrio Nuevo é

dades y allanados los obstáculos que se oponían á la paz; pero quedó entre cenizas el fuego de las discordias pasadas y brotaban chispas capaces aún de promover grandes incendios, apenas las removiese el más leve soplo de las pasiones populares. Guardaban muchos corazones rencor y deseos de venganza; crecía el odio de los padres en la sangre de los hijos; y no era raro ver amanecer muerto en una calle al que ayer había amanecido lleno de vida y de esperanza. Brillaba el puñal en la oscuridad aun en manos de hombres sensatos; y cruzaban por todas las frentes pensamientos criminales y de muerte. Velaba el ojo de la justicia en medio de la soledad y del silencio; castigábase en el cadalso toda especie de delitos, y hoy se oía publicar á voz de pregón bandos sangrientos, y mañana pedir con voz lastimera por el alma de los reos; mas sólo la religión pudo entonces con buen éxito desplegar sus labios. El maestro Juan de Ávila, viendo en tan triste estado ciudad tan noble, imploró el favor del cielo, y lleno de amor y de elocuencia, habló al corazón de los baezanos bajo las bóvedas del templo, en lo más alto de sus plazas y en el seno mismo del hogar doméstico. Inspirado por las circunstancias, ya reprendía suavemente, ya tronaba con ardor contra los crímenes que llegaban á sus oídos, ya en medio de sus enérgicas peroraciones suplicaba fervorosamente á Dios que alumbrase la razón de los fieles ofuscada por las pasiones, ya derramando vivas lágrimas de amargura comunicaba á cuantos le oían el sentimiento de caridad que alentaba su espíritu y hacía palpar su pecho. Estaba, según su historia, tan elocuente, que atrajo á poco hacia sí hasta los corazones más duros, apagó el odio, acalló la voz de la venganza y volvió hermanos á los que eran antes enemigos.

Renacieron entonces en Baeza las ideas religiosas: el remordimiento inclinó al suelo las frentes que antes levantaba el orgullo; volvió la piedad mansos y dulces los ojos de los que ayer no despedían sino miradas de ira; juntó la cruz las manos que no podían hacer poco cerrarse sino sobre la cruz de las

espadas. Pero había pasado ya para siempre el tiempo de más esplendor para Baeza: si la religión le había devuelto la paz, no podía ya restituírle sus riquezas. La aristocracia, que era su vida, iba cayendo por momentos á los redoblados golpes de los reyes de la casa de Austria; y si quería conservar el brillo de otros tiempos, debía trocar su castillo ó su ciudad por la corte, á fin de que la alcanzasen los rayos de luz del trono; y había de ser indudablemente la muerte de la ciudad la de su nobleza. Así se la vió decaer rápidamente después del siglo XVI; así se la ve hoy triste y abatida, sin ser más que sombra de lo que fué algún día.

Conserva, sin embargo, restos grandiosos de sus mejores tiempos, que merecen ser estudiados y descritos. No los hay ya de los siglos romanos en que fué tal vez fundada; no los hay tampoco de la época goda en que prosperó y floreció sobre las ruinas de Czlona; casi no los hay ya de los tiempos árabes, cuyo gusto no reflejan sino algunos lienzos de muralla y una torre llamada de los Aliatares, que se levanta tétrica y sombría en el ángulo de una plaza como negro fantasma de lo pasado; pero los hay aún del reinado de los Fernandos y los Alfonsos, los hay que recuerdan el imperio de Carlos V y brillan con los primeros fuegos del renacimiento, y en ellos es fácil todavía leer recuerdos y admirar bellas páginas del arte. Sus fachadas de San Juan y el Salvador llevan apoyadas en ligeras columnas las planas cimbras concéntricas del arte bizantino; su pequeña iglesia de San Pedro guarda impreso en una de sus portadas el tosco y severo sello de la arquitectura del siglo XII; y cabe todavía estudiar la marcha del arte en estas tres iglesias. La puerta de San Pedro tiene su primera cimbra cilíndrica y labrada, y la última cubierta de cabezas caprichosas y figuras que corren á lo largo de un ancho follaje; pero es aún muy grave en el conjunto, muy descuidada en los detalles; la de San Juan con su primer arco claveteado y la imagen del santo titular en un ángulo, no presenta ya tanta austeridad, pero sí mayor belleza;

la del Salvador, adornada en toda su cimbra y capiteles de hojas delicadas que ha de agitar al parecer el más dulce soplo de las brisas del otoño, no sólo no excita ya aquella impresión de terror religioso que suele producir en otras una ejecución grosera y formas tan raras como indefinibles, parecidas á las de los geroglíficos y enigmas de otros pueblos; sino que parece sonreirse modestamente al artista y hacerle descubrir en sus delicadas líneas la mano de un siglo donde las ideas de la cruzada habían ya enardecido la fantasía y despertado en el corazón sentimientos religiosos menos sombríos, pero mucho más tranquilos. Es ciertamente sensible que al través de sus arcos en degradación no se pueda descubrir el tabernáculo en el fondo del ábside, ni la severa bóveda de cañón seguido descansando sobre muros macizos ó sobre columnas en cuyos capiteles haga oscilar la luz de las lámparas las vagas formas de flores simbólicas y fantásticos seres animados. Al través de la puerta del Salvador (1) no se descubre sino un frío templo greco-romano, donde ni siente el corazón ni se mece la fantasía entre brillantes aureolas; al través de la de San Juan sólo se extienden á los piés del observador tres naves separadas por altas columnas en que descansan sencillísimas ojivas; al través de la de San Pedro se ve una capilla pequeña, oscura, cubierta de ruinas; pero tampoco bizantina. Su planta es una simple cruz latina: crecen gruesos machones junto á sus recios muros: las únicas dos capillas que contiene son profundas y llevan sentadas sus bóvedas sobre cuatro columnas puestas en los ángulos: humildes gradas separan el presbiterio de la nave, y cubren á una y otra techos aún más humildes de madera; no son los arcos plenas cimbras, sino ojivas esbeltas que contrastan tristemente con sus pesados pilares y robustos paredones. Reina, sin embargo, cierta armonía entre el templo y la portada: se siente en el exterior como en el interior, y asaltan en todas partes tétricos

(1) En ella se lee: Diego Contreras me hizo.

y amargos sentimientos. Delante de la puerta hay un pequeño patio entre cuya yerba asoma una que otra piedra antigua donde están entallados caracteres ya indescifrables: saltan en él acá y acullá alegres niños que pisan con indiferencia aquellos escombros que reclamaría, si tuviese voz, el monumento; y sufre por éste el corazón sensible al ver tan aislada y sin oír más rumor que el de los juegos de la infancia una puerta que vió en otros tiempos pasar bajo sus arcos pueblos y reyes, y recibió con semblante adusto las plegarias del penitente á quien estaba aún vedado doblar la rodilla en el fondo del santuario. El interior está medio hundido entre ruinas, y se ve asomar todavía entre el polvo huesos de esqueletos humanos; aparecen en las descascarilladas paredes restos de pinturas góticas que cubrió de cal la ignorancia; lo que está aún en pié amenaza caerse; y todo parece retratar al vivo en medio del silencio más profundo el estado de la sociedad en que vivimos. No sólo este templo sino también toda la iglesia está cubierta de maleza y de escombros. En medio del frío barniz de la filosofía y de la crítica aparecen también cuadros llenos de religión y sentimiento; pero amenaza caerse como estas paredes el fondo en que los pintó la mano de otros siglos.

Conserva esta reducida iglesia otra fachada romano-bizantina situada en lugar no menos melancólico. No se distingue de la otra sino en presentar ligeramente apuntados sus arcos concéntricos; pero ¡cuánta más poesía no respira medio cubierto su muro por el musgo, lleno de zarzas y de espinas el patio que á sus piés se extiende, y las paredes que la cercan casi ocultas por la yedra! Se dobla la frente sobre el pecho ante este cuadro ejecutado á medias por la naturaleza y por el arte; y no ya la tristeza sino la melancolía es quien la dobla.

No lejos de esta iglesia levanta al aire la catedral su vasta mole. No es su grandeza, ni su fachada, de orden compuesto, ni sus espaciosas naves, divididas por frías columnas greco-romanas, lo que atrae las miradas del artista; es también una pe-

queña puerta árabe-bizantina, abierta modestamente en un ángulo, junto á una torre sombría en que está escrita entre dos grandes escudos una larga inscripción, ya medio devorada por los siglos (1). Consiste esta humilde parte del monumento en un simple arco trilobado, sobre el cual abre un estrecho rosetón sus círculos concéntricos y resalta la figura de un obispo en una piedra cuadrangular parecida á la losa de un sepulcro. El arco lleva en su intrados dos recios toros; el rosetón en sus circunferencias, hojas, flores y cabezas raras; la piedra sepulcral, una orla de caracteres góticos, que recuerdan estar sepultado allí Pedro Pascual, aquel antiguo prelado de Jaén que fué á morir mártir en Granada (2). Todo es allí también sencillo y grave; y lo que más nos impone no es aún su carácter, sino la triste soledad que la rodea, y sobre todo la voz de la tradición que nos parece hablar aún desde el fondo del sepulcro. Muerto el santo obispo en Granada, nos dice, dos ciudades eternamente rivales se disputaron su cadáver. La querrela hubiera podido ser sangrienta; y para evitarla se consultó la voluntad del mártir y se quiso oír la voz del cielo. Púsose el cadáver sobre el lomo de una mula; y se la dejó libre para que siguiera el camino que le indicara el dedo de Dios. Partió la mula, y cruzó valles y arroyos y ríos y cerros escarpados; y caminó la noche como el día;

(1) He aquí lo que pudimos leer de esta inscripción: E fué Diago Lopez compañero é obrero, é obraron este retablo Ferañ Lopez cantero é Juan Sairbs platero.— «En el año del Señor de mill é trescientos é noventa é cinco años regnante en Castiella el muy alto señor rey D. Enrique con la reina D.^a Catalina é seyendo obispo deste obispado D. Rodrigo natural desta ciudad. en el año del Señor de mill é docientos é diez é nueve años é dña. » El retablo de que se hace mención arriba será el que habría en una de las primeras capillas de la izquierda entrando por esta misma puerta de la Luna de que hablamos en el texto.

(2) Léese en esta orla: «sepulcrum: domini: p: nicolai: na. tensis: dei: et: apostolice: sedis: gracia: episcopi: giennsis: anima: eius: requiescat: in: pace: amen.» Este Pedro Nicolás no puede ser otro que el prelado de quien hablamos en el texto: según lo que cabe leer aún de la inscripción, fué el allí enterrado obispo de Jaén y de Granada, y no se sabe de otro que de Pedro Pascual que haya reunido en su cabeza las mitras de estos dos obispados. (V. al padre Bilches en sus *Santos y Santuarios del obispado de Jaén y Baeza*, pág. 146 s. q.)

y llegada al amanecer á Baeza, entró por el arco de Bedmar, y cruzó calles y plazas, y no se detuvo hasta esa pequeña puerta de la Luna, cuyo umbral doraba á la sazón el sol con uno de sus rayos. Penetró apenas en ella cuando quedó fija é inmóvil como si fuera de mármol; y no bien hubieron levantado de su lomo los sagrados restos, cuando cayó como herida del rayo sobre esas piedras ya desgastadas que huellan hoy con indiferencia los cristianos.

Vista la portada no queda casi más que admirar en tan grandioso templo. Asoman á la derecha algunos arranques de arcos claveteados que revelan la pasada existencia de otra puerta bizantina; pero no existen sino para atormentar la imaginación, que pretende reedificar en un momento lo que derribó el soplo del tiempo y la mano de los hombres. La catedral de San Fernando ha desaparecido: no existen de ella sino una que otra capilla gótica, y aun estas invadidas por el gusto de otros siglos. En lugar del templo del siglo XIII queda hoy uno del siglo XVI, rico, elevado, espacioso, pero falto de sentimiento. ¡Qué lástima que no podamos ya aumentar ni conservar en su interior las bellas impresiones que recibimos aún antes de pisar los umbrales de la puerta de la Luna!

La Edad media había enriquecido á Baeza con muchos monumentos; no pocos han caído como en otras ciudades bajo el pico y el azadón de los arquitectos que se han atrevido á llamarlos hijos de la ignorancia y la barbarie. ¿Dónde está esa Santa María del Alcázar, en uno de cuyos arcos estaban entallados los nombres y los escudos de los caballeros que conquistaron y poblaron esta ciudad, durante cinco siglos esclava de los árabes? (1).

(1) Esta iglesia, de que no quedan ya ni ruinas, suponen los cronistas que era la más antigua que había en Baeza. Dicen que fué en su origen un templo consagrado á Júpiter, que pasó á ser iglesia en tiempo de Constantino el Grande, que los árabes, lejos de destruirla, la convirtieron en mezquita, que la restauró Alfonso el Emperador, que la reparó Fernando el Santo, que, poseedora de una imagen cuya escultura revelaba la mano de los primeros siglos de la Iglesia, fué desde la conquista definitiva de Baeza tan mentada en toda la Península, que se hizo objeto de largas é incesantes peregrinaciones. Por más que dudemos de tanta antigüedad

¿Dónde está ese mismo alcázar que dió paso por la puerta del conde al temido Lope de Haro, á quien recibió con tanto júbilo en sus brazos el maestré de Calatrava? (1). ¿Dónde están los santuarios bizantinos á que debieron estar unidas las portadas del Salvador y de San Pedro? Ni restos quedan de Santa María: los nombres y los escudos de los conquistadores se conservan aún en la iglesia de San Andrés, pero pintados, no esculpidos, faltos de sus antiguos colores, y sin guardar armonía con las bajas y oscuras bóvedas del templo (2). Del alcázar sólo se levantan ya ruinas que á largas leguas de distancia hablan al viajero de lo que fueron él y la ciudad que guardó bajo sus muros. En lugar del santuario del Salvador hay un templo moderno que inundan de luz espaciosa ventanas; en lugar del santuario de San Pedro ha visto ya el lector esparcidos por el suelo los escombros de una capilla medio gótica.

Perteneciente á la Edad media no queda ya que ver en Baeza sino una página del estilo ojival en decadencia. Hay cerca de la catedral una plaza, á que dan sombra algunos álamos fron-

é importancia, no podemos menos de sentir la total destrucción de un templo que encerraba una página brillante de nuestra historia, y sería á no dudarlo de algún interés cuando Rodrigo Narváez, obispo de Jaén, la erigió en Colegiata á 2 de Febrero de 1401.

(1) He aquí cómo describe esta obra, ya casi enteramente arruinada, el P. Bilches, que escribía en el siglo xvii. «Es la alcázar de Baeza una hermosa ciudadela, situada sobre un monte, remate del que ocupa la ciudad, cortada por tres partes, con que se hace muy vistosa y casi inespugnable. Tiene de longitud cuatrocientos pasos y de latitud doscientos en forma de ladrillo, altera parte mayor que dicen los geómetras. Su mayor fortaleza era un castillo, casas de palacio de los reyes: hoy se conserva el nombre en las ruinas. Deste salían dos murallas seguidas artificialmente por la ceja del monte, y estaban bien torreadas, y lo que es más, fortalecidas con dos antemuros, uno artificial, otro de peña tajada. Tenía dos puertas, y salían una al campo, otra á la ciudad, las calles bien formadas y plaza competente.» (*Sant. y Santuarios del obispado de Jaén y Baeza*, pág. 211.)

(2) En Bilches y Jimena están copiados estos escudos tales como se conservaban en Santa María á mediados del siglo xvii. Los apellidos que en estas copias leemos son los siguientes: Narváez, Palomino, Chico de Haro, Martínez de Jódar, Estévez, Hornos, Díaz de Mendoza, Romano, Jimena, Ochoa, Cervantes, Clavijo, Cárdenas, Salazar, Vela, Mescua, Maza, Navarrete, Argote, Lorite, Gotor, Lechuga, Jurado, Moreno, Rubio Salcedo, Godoy, Medina, Iváñez, Gámez, Pino, Duque, Ribilla, Barrio Nuevo de Valderas, Ortiz, Bilches, Vera, Gallego, Jordán, Garrido de Dios y Ayuda, Padilla, González de Mendoza, Antolínez.

dosos: álzase en ella al norte la puerta de San Juan, y al occidente la rica fachada de San Felipe, tan ataraceada, que llega á vencer en número de molduras las más complicadas creaciones del Renacimiento. Esta fachada es sin duda muy interesante para la historia del arte. En medio de una pared de sillería, encerrada entre dos altas columnas, cuyos grandes capiteles cónicos son al parecer imitación de los que en forma de estaláctitas adoptaron en sus últimos tiempos los árabes de España, ábrese una puerta ojival algo aplastada, corrida de una guirnalda, en torno de la cual presenta variados y vistosos grupos una larga serie de ángeles. Campea sobre el dintel entre dos agujas de crestería un ajimez compuesto de dos ojivas recamadas de follaje, debajo de cada una de las cuales cargan sobre dos columnitas otros dos arcos apuntados: levántase á cada lado del ajimez otro más sencillo, puesto también entre pilares; sobre las columnas de los ángulos, medios templetos octógonos; entre cada dos agujas, un gran escudo de armas; y forma todo un conjunto tan pintoresco, que por largo rato descansan con placer en él los ojos, por más que á la primera mirada deban ya descubrir del todo rota aquella unidad admirable que en medio de la mayor complicación de detalles supo presentar el goticismo en sus mejores tiempos. Las líneas de esta fachada no son ya rectas, sino ondulantes; la curva ojival está exageradísima, mezcladas y confundidas muchas formas heterogéneas, distribuidas sin sentimiento las molduras; pero es tan poético su estilo, están trabajados con tanta delicadeza los adornos, y se conservan tan limpias y enteras las más tenues líneas, que no sin razón la prefiere el artista á otras fachadas de gusto moderno, aunque vea seguidas en ellas con más escrupulosidad las reglas del arte. ¡Es por otra parte tan bello el color de esta fachada! Cuando la hieren los primeros rayos del sol al través de los ramajes de los álamos, no parece sino que los vemos oscilar sobre un fondo de oro.

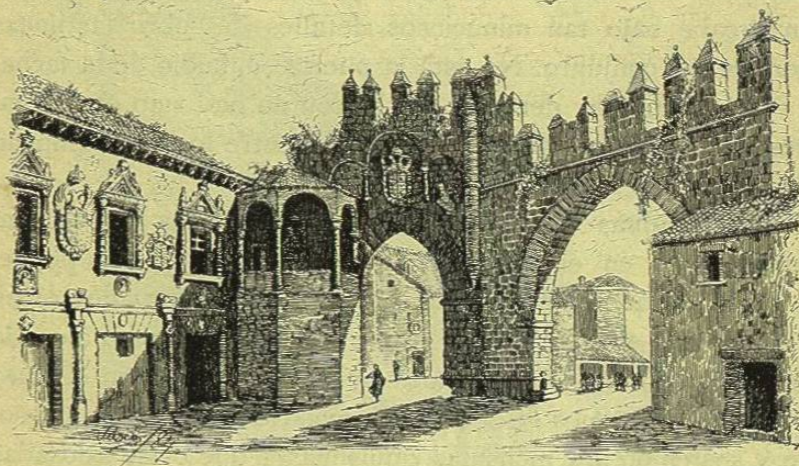
El interior de San Felipe no corresponde tampoco al exte-

rior, que, todo greco-romano, apenas tiene notable más que un claustro espacioso, cuyas elegantes cimbras descansan en columnas de mármol. Es un monumento rico y alegre, pero no del mejor gusto, y los hay en la ciudad que merecen ser más conocidos y estudiados. El interior de San Felipe no tiene carácter propio; y lo tienen las antiguas Casas Consistoriales y la Cárcel que levantó el Renacimiento, las puertas de Úbeda y Jaén, el Pósito, algunos palacios que trazó el severo gusto del imperio, las soberbias é imponentes ruinas del convento de San Francisco, donde cabe apreciar aún toda la majestad y nobleza del arte moderno.

Ostentan las antiguas Casas Consistoriales su gracioso exterior junto á la puerta de Jaén, compuestas de dos ojivas en cuyos muros almenados están entalladas, bajo un arco de tres segmentos, las armas imperiales. La cal que lo cubre no permite apreciar la delicadeza de todos sus detalles; pero deja conocer aún toda la armonía y belleza del conjunto. Consta esta fachada de dos cuerpos: en el primero, entre cinco columnitas adornadas de modestos capiteles, sobre cuyo entablamento están sentados otros tantos leones, abríanse en otro tiempo cinco puertas, ya cegadas, encima de cuyos dinteles campean algunos escudos entre torres y bellos bustos romanos cincelados en el centro de elegantes medallones. Constituyen el segundo cinco ventanas de antepechos muy salientes, en cuyos ángulos dos columnitas sostienen sobre ricos dinteles frontones adornados de jarras, ángeles y mascarones en el vértice y en las antas, y de cartelas sin leyendas en el tímpano. Son los dos tan sencillos como elegantes, y producen un bello efecto corridos como están en su parte superior por una cornisa en que asoman caprichosas gárgolas. Y lo son mucho más, si después de haber fijado los ojos en una pequeña torre levantada en el ángulo que forman con la puerta de Jaén, torre sobre la cual está dentro de un humilde templete la imagen de la Virgen, llamada del Pópulo, echa una mirada el viajero en torno suyo, y ve en medio de una

plaza sobre el mar de una fuente moderna la figura de una Cibele entre cuatro leones.

La belleza de los alrededores aumenta la de los edificios: así se presentan tan agradables esta fachada y la de la Cárcel,



BAEZA.—CASAS CONSISTORIALES Y PUERTA DE LA VIRGEN DEL PÓPULO.

cuyos muros, cuajados de molduras, levantan su gallarda frente sobre el ramaje de una alameda en que suspira con dulzura el viento y salta sin cesar el agua del fondo de una copa, á que apenas llegan los rayos del sol entre las hojas de los árboles. Produce ésta aún mejor impresión que la de las Casas Consistoriales. Abre la puerta principal su arco rebajado entre dos columnas con estrías, sobre que corren del collarín abajo mascarones y graciosos arabescos. Carga sobre esta un entablamento en cuyo friso hay una serie de nichos aconchados; y están tendidos sobre el dintel dos sátiros, entre los cuales se lee en un